

# LOS HUGONOTES

Triunfos del Evangelio

O

Historia de los sufrimientos, Luchas y Victorias de la Iglesia Evangélica de Francia

Por

ENRIQUE FLIEDNER

Traducción del francés por

SALVADOR GONZALES

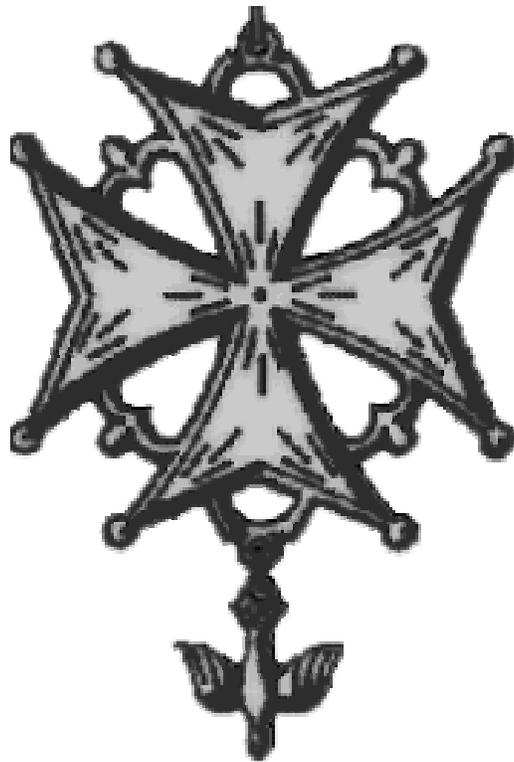
1938

Índice:

- 1- Puertas abiertas y Adversarios.
- 2- Las Dragonadas.
- 3- La Revocación del Edicto de Nantes y la Emigración.
- 4- La Guerra de los Cevenas.
- 5- Antonio Court, El Restaurador de la Iglesia Evangélica de Francia.
- 6- .
- 7- Pablo Rabaut, El Patriarca de los Pastores del Desierto.
- 8- Las Últimas Convulsiones del Antiguo Odio Religioso y la Aurora de Mejores Tiempos.

Sin duda, una de las páginas más gloriosas de la historia de la Iglesia Cristiana es la que fue escrita por los heroicos hugonotes, adictos a la Reforma protestante en Francia, quienes desde principios del siglo xvi hasta fines del siglo xvii soportaron una tras otra, atroces persecuciones y los más horribles martirios, por su fe evangélica. Apaleados, condenados a galera por toda la vida, asesinados en masa, afrontaron siempre el martirio con la certidumbre de una recompensa gloriosa en el cielo. No menos de veinte mil perdieron la vida en la famosa matanza de San Bartolomé (1572), cuando cayó decapitado traicioneramente el Almirante Coligny, jefe en ese entonces del partido hugonote.

Este pequeño libro es, dentro de su brevedad, un apretado relato de emocionantes actos de heroísmo de hombres y mujeres que por su fe supieron sacrificarlo todo, diciendo como la joven Blanca Gamont: "Cambiaré sí, de la tierra al cielo, pero de religión, jamás en mi vida".



Este dibujo muestra una reproducción de una “cruz Hugonote”. No se conocen con exactitud todos los antecedentes históricos de ella. Parece haber sido creada en su forma actual, en 1668 por un joyero nímés protestante, de nombre Maestre. Desde aquel entonces, sirvió para reconocimiento entre los hugonotes cuando las persecuciones ocasionadas por la revocación del Edicto de Nantes llegaron a su más irracional nivel. La paloma simboliza el Espíritu Santo, la cruz (derivación de la cruz de Malta, por oposición de la cruz latina que recuerda el crucifijo romano), el sacrificio redentor del Hijo de Dios y las flores de Lys que enlazan los brazos de la cruz, una corona evocando el Reino de Dios Padre, representando en conjunto, la cruz hugonote una simbolización de la Trinidad.

## I

### **PUERTAS ABIERTAS Y ADVERSARIOS NUMEROSOS, O SEA PROPAGACIÓN DEL EVANGELIO EN FRANCIA HASTA EL EDICTO DE NANTES**

El instrumento escogido de que se sirvió Dios, hace cerca de cuatrocientos años, para hacer llegar a este país el Evangelio puro, fue Juan Calvino o Cauvino. Nació en Noyón, en Picardía, el 10 de junio de 1509, y consagrado al estado eclesiástico, dedicóse en primer término al estudio de la teología; pero su padre, Gerardo Calvino, esperando sacar mejor partido de la brillante inteligencia de su hijo dedicándole a la jurisprudencia, le envió a la Escuela de Derecho establecida en Bourges. Dios, empero, cuyos pensamientos están infinitamente por encima de los humanos proyectos, contrarió este plan, y así fue como precisamente en esta ciudad abriéronse los ojos del joven Calvino para ver los errores y abusos de la Iglesia romana, de la que había sido él hasta aquel instante uno de los más ardientes defensores. Desde aquel momento anunció con tal ardor la verdad por él tan bien conocida, que atrajo luego sobre sí violentas persecuciones por parte del clero católico, hasta el extremo de verse precisado a abandonar su patria para refugiarse en la libre Suiza. Establecióse en Ginebra, y allí llegó a ser muy pronto el predicador más en boga y el más celoso propagador de la Reforma entre las poblaciones de la Suiza francesa.

Calvino, gracias a la situación geográfica del cantón de Ginebra, pudo contribuir eficazmente a la propagación y afianzamiento del Evangelio en estas dos comarcas, y sobre todo en su propio país, al cual profesó siempre amor ardiente. A la manera que las aguas cenagosas del Ródano salen claras y limpias del majestuoso Lemán, y van a fecundizar una parte de las fértiles campiñas de la Francia, así la palabra de Dios, brotando pura de la ciudad de Ginebra, semejante a la poderosa y bienhechora corriente de un río caudaloso, se esparció por la nación francesa y, despertó en ella una nueva vida religiosa. En Ginebra se imprimieron la Biblia y los libros de piedad que llevaron la luz a la mitad de Francia; allí los cristianos evangélicos perseguidos encontraron un seguro refugio; allí, a los pies de Calvino, se formaron los celosos predicadores cuyo poderoso testimonio llenó la Francia desde el Jura hasta los Pirineos.

Esta semilla, profusamente derramada, cayó en un terreno bien dispuesto. En efecto; ya en la Edad Media los Valdenses y los Albigenses, que ocupaban una parte del Mediodía de Francia, apoyándose en la Sagrada Escritura, habían levantado enérgicas protestas contra los errores de la Iglesia romana. Verdad es que fueron aplastados por las cruzadas sangrientas que contra ellos lanzaron los legados de los papas; pero sus descendientes habían conservado en el fondo de su corazón un ardiente amor hacia el Evangelio, y el invencible disgusto que les inspiraban las tradiciones y supersticiones romanas; así que, cuando el Evangelio pasó de Alemania al Norte de Francia y llegó hasta París, hubo de ser acogido con simpatía y entusiasmo, singularmente entre las clases más elevadas y cultas de la sociedad, a las cuales pertenecían la mayor parte de los primeros habitantes que lo recibieron en su corazón y en sus casas.

En 1512, cinco años antes de que Lutero fijase sus tesis en la puerta de la iglesia de Witenberg, Lefevre de Etaples, profesor de la Sorbona, había anunciado ya en su comentario sobre la Epístola a los Romanos, las doctrinas enseñadas más tarde por el reformador de Alemania. Piadosos obispos, hombres de Estado que ocupaban elevados puestos, familias nobles y poderosas se habían declarado igualmente por el Evangelio, que había penetrado hasta en la corte de Francisco I, cuya hermana, la ilustre Margarita de Valois, llamada la Margarita de las Margaritas, habíale abierto su corazón. Distinguida por su hermosura y rodeada del lujo y de las

tentaciones de una sociedad corrompida, supo esta princesa conservarse pura, "mirando el oprobio de Cristo como una riqueza infinitamente superior a todos los tesoros de la tierra". Tomó por emblema la flor del girasol, que por sus rayos y hojas tiene con el sol muy grande semejanza, "y se vuelve a mirarlo dondequiera que va", y añadió este lema: "Yo no busco las cosas de aquí abajo". Sus sentimientos religiosos los expresó en unos versos que nos han sido conservados, y que puestos en castellano vienen a decir así:

¿Qué castigo, qué pena, qué tormento será bastante a compensar la deuda de mi maldad?

¡Oh Dios! que eres mi Padre y Padre eterno, que nunca mudas y que mueres nunca, y que las culpas por gracia perdonas, cual criminal, me arrojo aquí a tus plantas, plantas benditas de mi dulce Dueño; apiádate de mí, Padre adorado, verbo divino, Jesús, rescate mío, obispo y rey triunfante y poderoso que de morir muriendo me libraste. El hombre es por la fe, benigno y justo; el hombre es por la fe, puro, inocente; el hombre es por la fe, rey con el Cristo; por la fe tengo a Cristo y la abundancia; yo era pobre, sin ciencia, sin arrestos, y en ti soy rica, sabia y poderosa.

Muy otros eran los sentimientos de su hermano Francisco I respecto a la nueva doctrina. Lleno como estaba de proyectos de ambiciosa política, dio oídos a las excitaciones de su despreciable madre Luisa de Sabaya, contra el Evangelio, abriendo así la larga serie de los reyes de Francia que intentaron ahogar en sangre el rebaño del Señor y la Palabra de la verdad, logrando sólo atraer sobre ellos los juicios de Dios, y sobre su país la desolación y la ruina.

El primer mártir de estos tiempos nefastos fue un pobre obrero, el cardador de lana Juan Leclerc, natural de Meaux. Movido por el espíritu de Dios, iba de casa en casa anunciando el Evangelio y dando en toda la ciudad un enérgico testimonio contra el Papa, al que representaba como el anticristo. Durante tres días fue llevado por las calles con las espaldas desnudas y azotado en ellas hasta el punto que de sus carnes desgarradas brotaba la sangre a borbotones. Por fin fue marcado en la frente con un hierro candente, como el peor de los malhechores. A la vista de este suplicio, su madre, vencida por el dolor, lanzó un grito de desesperación; mas luego triunfó su fe, y exclamó, con tal fuerza que hasta se conmovió el verdugo: "¡Viva Jesucristo y sus insignias!" A pesar de esa marca infamante, prosiguió el mártir protestante contra el culto idolátrico de las imágenes. Fue preso de nuevo en Metz y condenado a ser quemado vivo. Para satisfacer a la muchedumbre furiosa, se comenzó por desgarrar su cuerpo con tenazas candentes, y en medio de sus tormentos repetía el mártir en voz alta: "Sus falsos dioses son de oro y de plata, obra de las manos de los hombres; tienen boca y no hablan; tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen; a ellos serán semejantes los que los hacen y los que en ellos confían; tú ¡oh Israel! confía en el Eterno, porque él es el socorro y el escudo de los que le invocan."

Algunos años más tarde, había aumentado de tal modo la comunidad protestante de Meaux, que fueron arrestados al mismo tiempo sesenta y dos de sus miembros, entre hombres y mujeres. Instruyóseles proceso, y catorce de ellos fueron condenados a la horca. Se comenzó por aplicarles la tortura, y mientras que los verdugos se cansaban desgarrándoles sus cuerpos, uno de los mártires poseído de una santa alegría, exclamaba: "¡Valor, amigos míos; no os compadezcáis de este miserable cuerpo que tanto ha resistido al Espíritu y que tan a menudo se ha rebelado contra su Criador!" Después comenzó el sacrificio, y terminó con el canto de los sacerdotes que salmodiaban, a voz en cuello: "¡Oh saludable víctima! ¡oh reina, yo te saludo!"

Continuaban las persecuciones. Un pobre zapatero contrahecho, por nombre Milon, que anunciaba la palabra de Dios a las personas que iban a visitarle, fue arrancado de su lecho de dolor, arrojado en un calabozo y después conducido al cadalso. Cinco jóvenes estudiantes de teología, que volvían de Lausanna, donde se habían preparado para el sagrado ministerio, y entraban en Francia para desempeñar sus santas y difíciles funciones, fueron cogidos arteramente y encarcelados en Lyón, donde se los quemó vivos en la plaza de Torreaux. No habiendo podido servir a Dios con su vida, le sirvieron con su muerte cantando salmos.

Un pobre artesano, llamado Esteban, respondía al juez que le había condenado: "No, tú no tienes poder para darme la muerte; lo que haces es mandarme a la vida". Muchos sacerdotes y religiosos abandonaban las supersticiones de Roma, abrazando el Evangelio; a éstos se les aplicaba tratamientos mucho más crueles.

Es digna de admiración la inquebrantable firmeza de estas víctimas sometidas a horribles torturas. Las sufrían sin quejarse y sin hacer traición jamás a sus hermanos en la fe. A muchos de estos condenados se les cortó la lengua antes de ser quemados vivos o decapitados; poníaselos así en la imposibilidad de dar testimonio de su fe desde lo alto de las hogueras o de los cadalsos. Tal fue el caso de dos obreros, llamados Filleule y Leveille, de Nevers, arrestados en el momento en que buscaban un refugio en Ginebra. No consiguieron, sin embargo, su objeto los verdugos, porque, como dice un cronista: "El Dios omnipotente obró un milagro en favor de estos dos hombres de manera que después de haberseles cortado la lengua y mientras se les ataba al poste para ser quemados, óyeseles claramente articular estas palabras: "Adiós, pues, pecado, carne, mundo y Satanás; ya no nos importunaréis en adelante".

Un historiador católico, hablando de estos revueltos tiempos, escribe: "En todos los puntos del reino habíanse encendido hogueras; pero el ir débiles mujeres al suplicio cantando salmos y confesando que sólo Cristo es el Salvador; el afrontar la muerte delicadas doncellas con mayor júbilo que si se encaminasen al altar, el regocijarse los hombres a la vista de los instrumentos del suplicio, contemplando medio carbonizados las heridas que se les había hecho con tenazas encendidas, y muriendo con la alegría en el alma y la sonrisa en los labios; la vista, en fin, de estos espectáculos lúgubres y sin cesar renovados, despertaban penosas emociones, no solamente en las clases populares, sino también en las más elevadas esferas de la sociedad. Así es que cuando contemplaban en las plazas públicas los cuerpos ennegrecidos, colgados de horribles cadenas, tristes despojos de las ejecuciones, no podían contener sus lágrimas, y a una con sus ojos lloraba también su corazón."

La causa única de todas estas penas y tormentos era la fe en la Sagrada Escritura. He aquí el extracto del interrogatorio de una joven viuda llamada, Filipina de Luns. Presa en una reunión que tenía lugar en la calle de Santiago, manifestó en todo el curso de su proceso un valor y una presencia de espíritu admirables. Preguntada si creía en la doctrina papal, respondió: "Yo sólo quiero creer lo que está escrito en el Antiguo y en el Nuevo Testamento."

—¿No queréis participar del sacramento de la hostia?

—Yo sólo quiero hacer lo que mi Señor Jesucristo me manda.

—¿Desde cuándo no os habéis confesado con un sacerdote?

—No lo sé; pero cada día confieso a Dios mis pecados, y no creo que Jesucristo haya mandado otra confesión, porque sólo El tiene el poder de perdonar los pecados.

—¿Qué pensáis de las oraciones dirigidas a la Virgen y a los santos?

—Tratándose de oraciones, yo solamente sé lo que Dios me ha enseñado; es decir, que debo invocar a Dios solo, en el nombre de su Hijo Jesucristo, y a nadie más.

—¿Qué pensáis de las imágenes?

—Pienso que no les es debido ni honor ni culto.

—¿De quién habéis aprendido estas cosas?

—Las he aprendido en el Nuevo Testamento; por lo que mira al poder que el Papa se atribuye, yo no he visto acerca de él ni una palabra en el Nuevo Testamento.

Después de este interrogatorio fue condenada la joven a la tortura y a la hoguera. La vista de los verdugos la asustó tan poco, que dijo sonriendo dulcemente: "He dejado las vestiduras de mi luto, y me he engalanado para ir al encuentro de mi celestial esposo." Cortáronle la lengua y le chamuscaron los pies y el rostro, y al fin fue estrangulada y quemada junto con sus dos compañeros de suplicio, Nicolás Clivet, anciano de setenta y un años, y un joven llamado Cravelle. Soportaron estos tormentos con tal firmeza, que un cronista, al contarlos, exclama: "Ha sido éste un triunfo maravilloso, porque Dios ha mostrado de una manera visible cuan poderoso es para dar a la juventud firmeza y a la ancianidad fortaleza, y para poner en una mujer débil y delicada un valor heroico, cuando le place manifestar en sus elegidos su gloria y su divinidad."

Establecióse en la capital del reino un tribunal de sangre, con el nombre de Cámara ardiente, y hasta la corte suprema, el Parlamento de París, se mostraba animado de tal furor contra los herejes, que consintió en entregar a la rabia y la hoguera de Roma a uno de sus miembros más distinguidos, por nombre Anne du Bourg (1559). He aquí como sucedió: Un día presentóse, Enrique II delante de la alta Asamblea, y pidió a todos sus miembros que expusieran francamente su opinión sobre la doctrina cristiana; volvióse entonces du Bourg hacía el rey, y le rogó en los términos más conmovedores que considerase que se trataba en esto de un asunto que mira y atañe a Jesucristo. "Es injusto, dijo, condenar por su fe a hombres que oran por el rey y que en medio de las llamas invocan el nombre de Jesucristo, mientras que en la corte se tolera el perjurio, la impureza, el adulterio y la inmoralidad más escandalosa." Al oír estas palabras, quedó el rey un momento suspenso; después, arrebatado de ira, ordenó que arrojasen a la prisión a este valeroso confesor, junto con tres de sus colegas que se habían expresado en el mismo sentido; juró que había de apacentar sus ojos con el suplicio de estos herejes, y mandó que se los procesara inmediatamente. Pero Dios tenía preparado otro espectáculo. Verdad es que los mártires sufrieron con firmeza el calabozo y recibieron a través de las llamas la corona de la vida; pero también es cierto que el rey no pudo verles morir. En efecto, con motivo de las bodas de la hermana Margarita con Manuel Filiberto, duque de Saboya, y de su hija con Felipe II, rey de España, había organizado un torneo en el que se proponía brillar por su destreza y agilidad. Mientras se entregaba a este ejercicio con su fogocidad ordinaria, un fragmento de lanza le hirió en el ojo, de manera que de sus dos ojos, con los que quería procurarse el placer de ver morir a los fieles discípulos del Evangelio, el uno fue reventado y el otro no tardó en cerrársele para siempre, pues habiéndosele formado un absceso en la lлага, Enrique murió el 10 de Julio de 1559, presa de los más crueles dolores. En medio de su agitación, los cortesanos extendieron «obre su cuerpo una cubierta o colcha, en cuyo tejido estaba dibujada la imagen de San Pablo, derribado por la aparición del Señor en el camino de Damasco, con esta inscripción: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"

Esto no obstante, los ojos de sus sucesores no se abrieron con este castigo de Dios. Aguijoneados por la reina madre, la ambiciosa, la rencorosa, la viciosa Catalina de Mediéis sus tres hijos que ocuparon sucesivamente el trono, continuaron durante su breve rehuido atizando el odio de las poblaciones contra el Evangelio, y esto con gran daño suyo y ruina del país. Efectivamente, durante treinta años, de 1562 a 1593, las guerras civiles y las religiosas, interrumpidas tan sólo de cuando en cuando por breves armisticios, se cebaron en Francia

asolando sus fértiles campos y ocasionado la muerte a sus hijos. Ciertamente es que al principio de su reinado, Francisco II y su gobierno parecían dispuestos a usar de alguna dulzura para con los perseguidos; pero no duraron mucho estas disposiciones, porque no eran el efecto de convicciones sino el temor a los Hugonotes, como entonces se llamaba a los evangélicos. ¿Cuántos de estos piosos cristianos llegaron a la gloria por la cruz en estos borrascosos tiempos? Sólo Dios lo sabe. Ninguna crónica ha indicado el número de los que entonces fueron inscritos en el libro de la vida. Con todo, se puede calcular que en el período comprendido entre 1530 y 1560, no sucumbieron menos de cincuenta mil víctimas de su fe.

Sin embargo, estas crueldades, propias de otra época, tuvieron un resultado contrario al que se esperaba. Puede asegurarse que entonces, como en los primeros tiempos del cristianismo, la sangre de los mártires fue la semilla de la Iglesia. En 1559, los representantes de dos mil comunidades de hugonotes se reunieron en un sínodo en París, estableciendo entre ellos una fuerte organización eclesiástica y elaborando una confesión de fe tan perfecta, que Calvino decía de ella que era la esencia misma de la Palabra de Dios, sellada con la sangre de los mártires.

A pesar de estas sangrientas persecuciones, el número de los protestantes había aumentado de tal manera, que en 1560 se podía calcular en cinco millones, y de ellos una buena parte eran nobles. El edicto de San Germán (Enero de 1562), les reconoció el derecho de vivir según su fe y de celebrar su culto en todas partes, excepto en las grandes ciudades; de manera que Calvino, lleno de alegría, exclamaba: "Si se observa este edicto, el papado caerá hecho polvo."

Por desgracia, el edicto no fue cumplido. El duque de Guisa fue quien lo violó por la matanza de Vassy. Pretendía este príncipe tener quejas de los Hugonotes de esta pequeña ciudad, porque se habían burlado del obispo de Troyes, el cual en una discusión con su pastor se quedó corto y sin saber qué decir. Marchó, pues, el de Guisa contra ellos con una tropa de doscientos hombres, armados de arcabuces y puñales. El 1<sup>a</sup> de Marzo los Reformados se habían reunido en número de cerca de mil doscientos, en una granja que les servía de templo. Creíanse en seguridad bajo la protección del edicto de San Germán; mas no bien, empezado el culto, se precipitaron las gentes de Guisa en medio de los fieles inofensivos, y durante una hora golpearon, mataron, estrangularon, sin perdonar sexo ni edad. Setenta personas quedaron allí muertas y más de doscientas recibieron heridas graves. Después de tan brillante expedición, llamó el duque al juez, y le reprendió ásperamente por tolerar semejantes reuniones; recordóle el juez el edicto de San Germán, y el de Guisa, llevó la mano a la espada, exclamando: "Yo me encargaré de cortar ese edicto de papel." Vuelto a París, llamó el príncipe a las armas a la burguesía fanática, y levantó así un ejército de 80.000 hombres. Comprendieron entonces los evangélicos que el Gobierno no tenía ni la voluntad ni el deber de protegerlos, y que, por lo tanto, tenían ellos que proveer a su propia seguridad.

Por lo demás, sentíanse capaces de resistir a sus adversarios, porque en sus filas había muchos hombres de guerra valientes y experimentados. El que a todos aventajaba era, Gaspar de Coligny, el caballero sin miedo y sin tacha, nacido el 16 de febrero de 1517, de la noble y piadosa dama Luisa de Montmorency, cuyo retrato, en actitud de orar, se conserva todavía en un ventanal de la iglesia de aquella ciudad. Su valor y su ciencia militar le habían valido, a la edad de treinta y seis años, el grado de almirante de Francia. Su prudencia y su presencia de ánimo eran tan conocidas, que sus adversarios nunca le temían tanto como después de haberle ocasionado una derrota. Pero lo que más le distinguía era su sincera piedad, que consistía en tomar el Evangelio por regla de su conducta. Hacía diariamente el culto de familia con todos los de su casa y en el campo lo celebraba con sus criados. Cuando se despidió de su esposa para ponerse a la cabeza del partido protestante, le dijo: "En Dios pongo toda mi esperanza, y confío que tendrá piedad de su pobre Iglesia y de este reino; yo te exhorto a que quedes siempre fiel al Evangelio, porque Dios

nos ha hecho experimentar que él es el verdadero pan del cielo. En cuanto a mí, no puedo ambicionar más grande honor que el de sufrir por el nombre de Dios. Posible es que te anuncien algún día mi, encarcelamiento o mi muerte; tú permanece fiel; haz bautizar al hijo que pronto te

El Almirante Coligny, jefe y caudillo de los Hugonotes.



va a nacer, y prefiere morir antes que verte contaminada por Ya superstición romana . Con todo, los designios de Dios son incomprensibles, y de maravillosa manera conduce todas las cosas. Muchas veces, cuando los hombres desesperan completamente de su salvación y su vida, hace milagros para librarlos."

Sí, los designios de Dios se mostraron incomprensibles para con este hombre tan distinguido; después de haberle colmado de honores terrenos, después de haberle concedido las más señaladas victorias sobre sus enemigos, permitió que muriese con muerte ignominiosa para darle la corona del martirio.

Esto fue lo que sucedió en la célebre noche llamada de San Bartolomé. Carlos IX, cansado de una guerra civil que venía durando ya diez años, tuvo la idea de hacer una reconciliación entre los partidos por el matrimonio de su hermana Margarita de Francia (Margot) con el joven Enrique de Navarra, jefe de los Hugonotes. Un gran número de gentilhombres reformados, confiando en los edictos tan solemnemente jurados, acompañaron a París al regio desposado (1572). Coligny se había conquistado a tal extremo el favor del débil rey Carlos, que la reina madre, temiendo perder el poder que hasta entonces había ejercido, resolvió hacer desaparecer a este hombre a cualquier precio. Puesta de acuerdo con los Guisas, hombres sedientos de sangre, consiguió con sus importunidades cambiar las disposiciones vacilantes de su hijo, haciendo pasar ante sus ojos el espectro

de una conjuración tramada contra su vida, y logró así asociarle a su inicuo proyecto. Los fanáticos habitantes de la capital, aprovechándose de la oscuridad de la noche, juntaron una tropa de esos hombres que siempre están dispuestos a la guerra y al asesinato; servíales de señal y distintivo un lazo blanco en el sombrero. Cercan las casas de los Hugonotes, y a media noche, a toque de corneta, se arrojan a ellas, las asaltan como un torrente y degüellan a aquellos hombres indefensos y dormidos. Coligny fue la primera víctima. Despertado por los pasos de los soldados y el rumor de las armas, llama a su criado Merlín para orar con él. En el mismo instante es echada abajo la puerta de su habitación, y Besme, uno de los familiares del duque de Guisa, penetra en ella. — Tú eres Coligny — dícele brutalmente, y después de este apostrofe le clava un puñal en el pecho, profiriendo horribles juramentos. — Besme — le grita el de Guisa desde el fondo del patio, ¿acabaste? — Sí, señor. — Bueno, pues échalo por la ventana para que le veamos. — El cuerpo del almirante, palpitante aún, cae sobre el pavimento delante del duque de Guisa, que lo golpea con el pie en el rostro. Un criado le cortó la cabeza, y la llevó a Catalina de Mediéis, que la miró sin emoción, y ella misma desplegó los lienzos que la envolvían para contemplarla mejor.

El cuerpo decapitado fue paseado en triunfo por las falles, llevado por un populacho delirante, y precipitado en el Sena. Desde este momento, sólo se oyó en calles y casas el ruido de las armas, de las detonaciones de los arcabuceros, los aullidos de los asesinos, los gemidos de los moribundos y los gritos angustiosos de los que huían, los cuales encontraban la muerte dondequiera que buscaban un refugio. Cuéntase también, que el rey, desde lo alto del balcón del Louvre, disparaba sobre los que intentaban huir, "a fin, decía, de que no quedase un solo Hugonote para acusarle". La carnicería duró tres días y tres noches en París, de suerte que muy pocos lograron escapar. Las principales ciudades del reino, tales como Orleans, Lyon, Tolosa y muchas otras, tuvieron también su San Bartolomé; de manera que, según los cálculos más moderados, veinte mil Hugonotes perdieron entonces la vida.

Esta monstruosa carnicería, perpetrada a favor de una traición infame, arrancó un inmenso grito de horror a toda la cristiandad evangélica. Pero el papa Gregorio XIII triunfaba. Hizo cantar un Te Deum, y para perpetuar el recuerdo de este sangriento auto de fe, hizo acuñar una medalla con la inscripción siguiente



El papa Gregorio XIII.

Matanza de San Bartolomé.

En efecto, este recuerdo se ha perpetuado, pues ni el papado, ni la dinastía de los Valois podrán jamás purificarse de esta sangrienta mancha. Aún más: puede asegurarse, sin temor a exagerar, que la ruina de esa dinastía se debe en gran parte a las consecuencias de la noche de San Bartolomé.

La República francesa ha comenzado a reparar tan odioso crimen, erigiendo una estatua al valiente almirante, y así le ha dado testimonio, al menos en parte, del agradecimiento que le es debido.

Privados de su principal jefe, resolvieron los Hugonotes defenderse con el valor de la desesperación. Habiendo desaparecido casi toda la nobleza, la burguesía cnarboló valientemente la bandera de la Reforma, que yacía en un charco de sangre. Muchas ciudades como Nimes, Montalbán, La Rochelle, Sancerre, cerraron resueltamente sus puertas y se aprestaron a la defensa. Estas dos últimas en particular resistieron con un valor y una abnegación admirables a sitios prolongados que redujeron a sus habitantes al último grado de la miseria. Faltáronles los víveres, pero quisieron más alimentarse de substancias repugnantes que no exponerse a perder su libertad civil y religiosa. Mientras que en el campamento de los sitiadores, divididos, por otra parte, por odio y desconfianzas mutuas, el juego, el vino y las mujeres excitaban una alegría ruidosa, en las ciudades asaltadas se oraba, se cantaban las alabanzas de Dios y se reanimaba el valor con la lectura de su divina palabra.

Carlos IX, viendo todas sus ofertas de conciliación rechazadas, atormentado por el recuerdo de la noche de San Bartolomé, cuyas víctimas se presentaban a su imaginación bajo la forma de espectros sangrientos, se inclinaba visiblemente al sepulcro. En los últimos días de su vida, oíasele gritar: "¡Ah!, pobres súbditos míos, ¿qué me habéis hecho?... ¡Me forzaron, me forzaron!" Luego, dirigiéndose a su anciana nodriza, que era Hugonote, decía: "¡Ay, Chacha mía, cuánta sangre, cuánta sangre!" Torturado por los remordimientos, exhaló el último suspiro de 30 de mayo de 1574.

Su sucesor fue Enrique III, hermano suyo, bajo cuyo reinado continuaron las guerras civiles; se deshizo del duque de Guisa, el feroz autor de la matanza de la noche de San Bartolomé, que aspiraba a la corona, haciéndole asesinar en el castillo de Blois (1588), pero sucumbió él mismo el año siguiente bajo el puñal del dominico Santiago Clemente. El mismo año, el 24 de abril, Catalina de Mediéis, mujer abominable, terminaba su vida llena de crímenes y cargada de maldiciones.

La corona de Francia le correspondía de derecho a Enrique de Navarra, pero era Hugonote, y uno de los jefes del partido. Los católicos fanáticos, omnipotentes entonces en la capital, le cerraron resueltamente las puertas, y le pusieron en la necesidad de conquistar su reino. Para llegar a sus fines, juzgó que el medio más seguro era realizar una idea, con la que desde mucho tiempo se había familiarizado: la idea de abjurar la fe protestante; lo que justificó con una de esas salidas gasconas a que tan aficionado era: "¡Cáspita! París bien vale una misa!" Y así fue como el hijo de la piadosa y valiente Juana d'Albret, reina de Navarra<sup>1</sup>, que hubiera preferido

---

<sup>1</sup> Esta ilustre reina, una de las mujeres más distinguidas de su tiempo, tanto por su celebrada belleza, como por el talento preclaro que todos le reconocieron, era también evangélica de corazón. Supo defender con valentía sin igual los derechos de su pequeño, pero bien dirigido reino, contra todas las tenebrosas maquinaciones del Papa y de Felipe II, sus terribles enemigos por causa de religión, e hizo de él un seguro asilo para los reformados de Francia. Fue decidida protectora de las ciencias y de las artes, y encargó al célebre Juan Lizárraga, el más ilustrado Pastor de aquella época, la traducción del Nuevo Testamento en vascuence, de la que todavía puede verse un ejemplar en In Biblioteca Nacional.

Lástima grande que aquella Navarra que tanto se honró con el justo y sabio reinado de Juana d'Albret, haya venido a parar en un vergonzoso feudo del jesuitismo!

arrojar al mar la corona de Francia antes que ver a su hijo en misa, apostató en la Iglesia de San Dionisio, donde declaró que reconocía a la Iglesia católica, apostólica y romana como la única verdadera. Esta conversión sumió a todos los cristianos evangélicos, lo mismo de Francia que del extranjero, en una profunda consternación y en un inmenso dolor.

En cuanto al rey, sus convicciones, o mejor dicho, sus opiniones religiosas, no habían cambiado. Prueba de ello es la publicación del edicto de Nantes en 1598, por el cual autorizaba a sus antiguos correligionarios a celebrar su culto con toda libertad. Esperaba consolidar así la paz del reino reconciliando los partidos, pero se engañaba. La alianza de los católicos fanáticos, llamada la "Liga Santa", no se había desarmado, y ella fue la que, empujada por los jesuitas, puso en la mano del asesino Ravaillac el puñal que hirió al monarca que había faltado al deber y al honor (14 de marzo de 1610).

Siguiéronse nuevas guerras civiles. Los sucesores de Enrique IV fueron los más crueles perseguidores del Evangelio, y así cavaron la fosa en la que la Revolución precipitó su trono. "El principio de la sabiduría es el temor de Dios (no la prudencia de los hombres de Estado). Todos los que a ese temor se someten son sabios, y su alabanza perdura eternamente."

## II

### LAS DRAGONADAS

El edicto de Nantes había procurado un tiempo de reposo y hasta de relativa libertad a la Iglesia evangélica de Francia, tan largo tiempo oprimida y perseguida. Verdad es que de las dos mil comunidades que existían antes de la última guerra civil, no quedaban más que setecientas sesenta; tanto habían reducido su número las luchas y persecuciones de treinta años; mas, gracias a los sesenta años de paz que sobrevinieron, fuéronse multiplicando poco a poco. El celo por extender el Evangelio no era tan ardiente como en los tiempos precedentes; con todo, quedábanles aún a los evangélicos pastores fieles y los miembros de las comunidades existentes se distinguían de tal modo, por su trabajo y sobriedad, por su honradez y espíritu emprendedor, que la prosperidad de que disfrutó Francia en el siglo diez y siete debe atribuirse en gran parte a los Hugonotes. La administración de los caudales públicos les era confiada a ellos con preferencia a los demás, a causa de su probidad proverbial. Estaban a la cabeza de las industrias francesas, como la preparación del hierro, del cuero, del tejido de la seda y de la lana, y la fabricación del vidrio, Asimismo, el comercio, tan extendido de Francia con Holanda e Inglaterra, estaba en su mayor parte en sus manos.

Desgraciadamente, a causa de este aumento de bienestar, muchos se entibieron en la profesión del Evangelio, y no se hallaban en estado de soportar con la abnegación y firmeza de sus padres las nuevas persecuciones que estallaron en 1670. Preciso es añadir que en los primeros tiempos de su reinado, Luis XIV fue favorable a los Hugonotes, cuya fidelidad le había sostenido en momentos difíciles. A ellos debió la corte la victoria sobre sus adversarios en las revueltas de la fronda. Conde, el jefe de los descontentos, que ambicionaba la corona para sí, les hizo las ofertas más seductoras si querían juntarse con él, lo que hubiera puesto a la corte en crítica situación. Los Hugonotes rehusaron, y se declararon por el rey. Esta fidelidad les mereció las

alabanzas de un alto funcionario, que dijo: "Cuando la corona bamboleaba en la cabeza del rey, la sujetaron los Hugonotes." El rey mismo prometió al Elector de Brandeburgo que protegería a sus correligionarios, no sólo por amor a la justicia, sino también a causa de su obediencia y de su celo por el servicio del rey.

Pero a medida que el orgullo y el espíritu de dominación crecieron en el alma de Luis XIV, se le hizo insoportable la idea de que había en su reino un partido que tachaba a su religión de errónea y pretendía estar él solo en posesión de la verdad. Esta disposición estaba corroborada por la asidua presión y las excitaciones del clero católico contra los Hugonotes, por las instancias de su confesor el Padre La Chaïse, que le inducía a exterminar los herejes para borrar los pecados de una vida inmoral, y, en fin, por la influencia de la famosa madame de Maintenon, con la que se casó secretamente, y que había renunciado ella misma por ambición a la fe de su juventud.

Primeramente se empleó la persuasión y la seducción. El célebre Bossuet echó mano de toda su elocuencia y de toda su habilidad para probar en su Demostración de la fe católica que la doctrina reformada sólo se apartaba de la doctrina romana en cuestiones accesorias, y que, por consiguiente, el cambio de religión carecía de importancia.

Muchos se dejaron seducir. El ilustre mariscal Turena, que había ganado tantas victorias en Holanda y en las regiones del Rhin, consideraba la conversión como un acto de obediencia militar. Poco después, una bala de cañón le arrebató la vida, en el apogeo de sus triunfos; su ejemplo había movido a muchos oficiales a hacer lo mismo. Una gran parte de la nobleza evangélica, corrompida por la vida voluptuosa de la corte, prefirió la moral relajada de la Iglesia romana, que prometía la fácil absolución en el confesionario, más bien que la severa disciplina de los Reformados. En estas condiciones, teniendo de una parte, la desgracia del monarca, y de otra, las manifestaciones de su favor, la elección no podía ser dudosa. Ofrecíanse abundantes socorros en metálico a los Hugonotes pobres; a los que habían abjurado, se les confiaban empleos lucrativos y toda clase de ventajas; el rey llegó a fundar una "caja de conversión", y la había dotado tan espléndidamente, que el renegado Pelisson había erigido en sistema venta de almas y había establecido una tasa para cada categoría de individuos según su clase social y su renta. Pero si logró atraerse, por el brillo del oro, miles de indiferentes y de espíritus vacilantes, todos sus esfuerzos se estrellaron contra la firmeza de los campesinos sinceros y piadosos que formaban el núcleo de las comunidades protestantes. Lo que no podía hacer la seducción, hábalo de lograr en adelante la fuerza bruta. El cruel ministro de la Guerra, Louvois, que anteriormente había ordenado a sangre fría la devastación de las fértiles campiñas del Palatinado y el incendio de sus principales ciudades, como Worms, Espira, Heidelberg, lanzó sus bandas de asesinos e incendiarios sobre los Hugonotes fieles a su fe. Estando los vecinos en la más profunda paz, he aquí que regimientos de dragones inundaban los pueblos y ciudades, desnudo el sable y gritando: "¡Sus a los Hugonotes! ¡Sus a los Calvinistas!" Penetraban por cuadrillas en las casas, rompían los muebles, se emborrachaban con el vino que hallaban, maltrataban a los hombres, ultrajaban a casadas y solteras. Acompañábanles sacerdotes y frailes gritando: "El rey ordena robar y saquear a estos perros de Hugonotes." Ni la edad, ni la condición, ni el sexo, protegían contra su furor. La marquesa de Sabonieres, que estaba a punto de dar a luz, fue expulsada de su casa; refugiándose en casa de su hermana, pero en vano; fue arrojada de este asilo, y tuvo que resignarse a pasar con el recién nacido una fría noche de invierno en medio de la carretera, hasta que una piadosa mujer la recibió en su casa. Su esposo, que rehusaba convertirse al papismo, fue arrastrado de prisión en prisión, y sus cinco hijos jovencitos se los arrancaron y los obligaron a recibir una educación católica.

Los soldados, cual bestias feroces, se hacían más y más ingeniosos en su crueldad. Compañías enteras invadían las casas de los ricos, y devoraban o destruían en pocos días las provisiones de un año.

El palo, el sable, el agua, el fuego, todo les servía para atormentar a sus víctimas. Arrancaban los vestidos a las mujeres, y las golpeaban hasta romperles las costillas y llenar sus espaldas de heridas sangrientas. Laceraban a golpes de sable el rostro de los jóvenes y derramaban vinagre en las llagas. Un día arrojaron por tierra a un labrador llamado Charpentier, y le introdujeron agua en la boca por medio de un embudo, conminándolo para que abjurase de su fe. A cada negativa suya, le echaban un nuevo chorro de líquido, hasta que el infeliz murió ahogado entre sus manos. Una viuda noble fue sumergida hasta el cuello en un pozo de agua helada, y después, atada medio desnuda a una estufa candente.

Las crueldades iban acompañadas a menudo de burlas degradantes; así, unos soldados apresaron un día a un anciano, llamado Pasquet; lo despojaron de todos sus vestidos, lo envolvieron en pañales, lo metieron en una cuna y le hicieron tragar un caldo tan caliente, que el desgraciado murió; los pañales le sirvieron de sudario. Se impedía a las madres dar el pecho a sus niños, durante horas y días enteros, hasta que, vencidas por los gritos de aquellas criaturitas que se morían de inanición, prometían hacerse católicas. A veces, los hombres que se negaban a ir a misa eran conducidos a ella atados a la cola de los caballos.

Imposible es describir todas las crueldades y torturas que estos demonios en carne humana inventaban para ejecutarlas en sus víctimas. El populacho de las grandes ciudades se aprovechaba de estas ocasiones para penetrar en las casas de los Hugonotes, robar impunemente y destruir lo que no se podían llevar.

Sobre todo, trabajaban para pervertir a los niños. Los inducían a entrar en la Iglesia católica, con promesas y buenas palabras; y cuando no bastaban estos medios, los forzaban a ello, azotándolos hasta derramar sangre. En Orange, un jovencito de trece años fue tan bárbaramente flagelado, que el mismo verdugo no pudo contener las lágrimas, viendo la firmeza con que este niño confesaba su fe. Si alguna vez intentaban los Hugonotes resistir a sus perseguidores, eran en seguida ejecutados por los soldados. Así, el pastor Honnel, de setenta y un años de edad, fue condenado a morir atado a una rueda. Estando en el suplicio exclamaba: "Durante cuarenta y tres años, no he enseñado más que la Sagrada Escritura, y yo os exhorto, hermanos míos, a que jamás la abandonéis. Mis sufrimientos son horribles; pero si mil vidas tuviera, otras tantas gustoso sacrificara por el amor de mi Señor que sufrió por mí en la cruz." El verdugo le sujetó a la rueda y le rompió el brazo derecho de un golpe de maza, exclamando: "¿Quieres predicar aún?" — "Señor, Dios mío, ten piedad de mí —exclamó el mártir; — dame fuerzas para sufrir mis dolores. Tú me la concederás." Y el Señor se la otorgó; pues durante cinco horas le quebrantaron todos los huesos uno tras otro, y no se le escapó ni una queja de su boca.

A fin de privar a estos desgraciados de los divinos consuelos y de la edificación en común, les quitaron sus templos en muchos lugares. En la sola provincia de Poitou fueron destruidas el mismo año más de veinte iglesias. Por su parte, la legislación no desplegaba menos crueldad para hacer imposible a los Hugonotes la estancia en Francia. Suprimieronles las escuelas y los seminarios. Fueron excluidos de todas las funciones públicas, no podían ser ni notarios, ni médicos, ni boticarios; hasta se prohibió a las comadronas hugonotes, ejercer su profesión. En tales condiciones, los evangélicos, arrojados de todas partes, oprimidos y maltratados, emigraban por centenares y por millares, y se refugiaban en el extranjero, donde, al menos, podían servir a Dios libremente. Pero ¡ay!, muchos otros, a quienes parecía demasiado duro este sacrificio, se decidían a ocultar y aun abandonar su fe momentáneamente. Las dragonadas inspiraban tal terror

a las poblaciones pacíficas, que, en muchos pueblos y ciudades, la sola aparición de estos misioneros con botas y espuelas, bastaba para que la mayor parte de los habitantes fuesen a misa.

Con todo, eran muy frecuentes los ejemplos de una firmeza inquebrantable. Los protestantes que habían quedado fieles, se reunían sobre las ruinas de sus templos, y aunque expuestos a ser arrojados en prisión como rebeldes y sediciosos, escuchaban allí con piadosa atención la palabra de Dios, que los colmaba de fuerza y de consuelo.

Débiles doncellas avergonzaron más de una vez a los hombres por su heroico valor. Entre ellas se distingue la joven Blanca Gamont, de diez y seis años. Fue encerrada con sus compañeras de sufrimientos en el hospital de Valence, el más horrible de todos los lugares donde eran aprisionados los cristianos evangélicos. Esperábase aburrirlos haciéndoles sufrir hambre y frío, y obligándolos a los trabajos más degradantes. Tenía este hospital por administrador al famoso Herapine, que por su crueldad se parecía a los jesuitas, así como éstos se parecían a los dragones. "Maldita raza de víboras — les gritaba —, yo me encargo de domaros a vergajazos. Yo sé bien mi oficio. A los más testarudos los sepulto en un calabozo, donde los dejaré morir lentamente de hambre, no dándoles más que un poco de pan y agua. Al cabo de treinta o cuarenta días, o habréis cambiado o habréis reventado. Eso lo sabemos muy bien, porque ya hemos hecho la prueba."

Algunos días después de haber oído este elocuente discurso, Blanca Gamont fue conducida a la cocina del hospital, donde se hallaban seis muchachas, teniendo cada una en las manos un manojo de varas de fresno, de un metro de largo. La ataron a un poste, desnuda hasta la cintura, y fue horrorosamente azotada; mientras que una de estas furias gritaba: "Reza ahora a tu Dios". "En este momento — escribe ella — fue cuando experimenté el mayor consuelo que pudiera recibir en mi vida, pues que tuve el honor de ser azotada por el nombre de Cristo, y de verme colmada de sus gracias y consuelos. Por más que decían: "Redoblemos los golpes, que no dice nada ni llora", ¿cómo hubiera yo llorado? Yo estaba abismada dentro de mí misma. Al fin, mis pies no pudieron sostenerme, puesto que estaba desfallecida, de modo que quedé colgada de los brazos, y viéndome que estaba medio acostada en tierra, me desataron para golpearme con más facilidad. Me hicieron poner de rodillas en medio de la cocina, y allí acabaron de romper sus varas sobre mis espaldas, hasta que la sangre corría de ellas. No pude menos de caer sobre mi rostro, y exclamé: "¡Dios mío, Dios mío, misericordia de mí, pobre afligida!" Entonces se acercaron a mí dos de ellas y me vistieron, diciendo: "Si no cambias, mañana tendrás otro tanto." Yo les respondí: "Cambiaré, sí, de la tierra al cielo; pero de religión, jamás en mi vida." Dios concedió a esta jovencita la fuerza de soportar sus sufrimientos hasta el punto de cansar a sus perseguidores.

Al mismo tiempo que se perpetraban tales horrores e infamias en nombre de la religión de Jesús, llenando a Francia de lágrimas y lamentos, los obispos y arzobispos tenían la audacia de invitar con dulzura hipócrita a los Reformados a entrar en el seno de la santa madre Iglesia. "Vuestra madre que habéis abandonado —decían— derrama lágrimas amargas porque despreciáis su ternura y desgarráis su corazón. ¡Así como la gallina reúne sus polluelos bajo sus alas, así desea ella reuniros en su regazo, y está resuelta a sufrirlo todo por vosotros, hasta que Jesucristo haya resucitado realmente en vuestros corazones!"

Al oír semejantes palabras no se puede menos de pensar en el aviso del Maestro, relativo a los falsos profetas que vienen a vosotros con piel de ovejas, pero que por dentro son lobos rapaces. Y de hecho, en la conclusión de esta carta pastoral de tan santas apariencias "asomaban las uñas del lobo." "Si rechazáis nuestro ruego — decían, — se os preparan males y sufrimientos mucho más terribles que aquellos que vuestra herejía y rebelión han atraído sobre vosotros hasta el presente." Esta amenaza, que era la única verdad de este tejido de mentiras, no había de tardar, ¡ay!, en tener cumplida realización.

### III

## LA REVOCACIÓN DEL EDICTO DE NANTES Y LA EMIGRACIÓN

Todas las infamias y crueldades que han adquirido tan triste celebridad con el nombre de dragonadas, se cometieron mientras el Edicto de Nantes estaba en vigor y constituía una de las leyes fundamentales e irrevocables en Francia. Durante todo este tiempo, los Hugonotes conservaron la esperanza de que se apaciguaría el furor de sus perseguidores y que les dejarían entrar en la posesión de sus derechos. Esta esperanza les fue arrebatada por la revocación del Edicto de Nantes, firmada por Luís XIV, en Versalles, el año 1685, en una sesión solemne del Parlamento y rodeado de toda la pompa de su poder autocrático. En virtud de este acto, quedaba severamente prohibido a los Reformados celebrar su culto o tener reuniones religiosas. Debían cerrarse o demolerse todos sus templos. Suprimíanse todas sus escuelas, y sus hijos estaban obligados a recibir su instrucción religiosa de los sacerdotes. A los pastores se les ponía en la alternativa de abjurar o de abandonar el país en el término de quince días, bajo pena de muerte. En cambio, prohibíase expresamente a los laicos emigrar, bajo pena de galeras y de la pérdida de sus bienes. A los que habían huido se les intimaba a que regresaran en el término de cuatro meses, y de no hacerlo así, procederíase a la confiscación de sus bienes.

En cuanto a los relapsos, es decir, aquellos que a causa de las persecuciones y dragonadas habían sido forzados a asistir a misa, pero que seguían leyendo todavía la Biblia en sus casas, se les amenazaba con las penas severas, como la cárcel, las galeras y la pérdida de sus bienes. Se les quitaba los hijos y se los encerraba en los conventos para que allí recibieran la instrucción.

Pero el más infame de los artículos de este edicto, conocido con el nombre de "Edicto de Versalles", era el último. Este artículo hipócrita permitía a los Reformados "que Dios no había traído aún a la verdad", quedar con toda seguridad en su país y entregarse a sus negocios pero a condición de abstenerse de toda asamblea de culto. Esta seguridad no era más que un lazo para impedir la emigración de los Hugonotes, sobre todo de los ricos, a fin de que, merced a las persecuciones de las dragonadas y a la privación absoluta de los auxilios religiosos, llegaran a ser más seguramente la presa de la Iglesia romana.

No hay duda que tal era la intención del rey, pues en la carta que Louvois dirigió el mismo día a los magistrados del reino les decía: "Su Majestad ordena que se emplee la más grande severidad para con los locos que mirasen como una gloria el ser los últimos en renegar su religión y que se les apliquen las más rigurosas medidas."

El terrible Edicto de Versalles fue inmediatamente puesto en ejecución con severidad cruel. Más de 700 fieles pastores fueron obligados a abandonar sus casas, sus templos, sus rebaños, para tomar el camino del destierro. Hasta los ancianos llegados ya al borde de la tumba tuvieron que someterse a las fatigas de la emigración. Impedíase que sus mujeres e hijos les siguiesen, a fin de obligar a los hombres a renunciar a su fe. A otros se les rehusaban los pasaportes, y así, viéndose en la imposibilidad de trasponer la frontera, viajaban durante la noche, y durante el día se ocultaban en los bosques.

Los templos fueron destruidos por doquiera. Donde parecían lentas el hacha y la piqueta, se prendía fuego a los edificios; de manera que al cabo de algunos meses no existía ya ni una iglesia protestante en todo el país. La predicación y el canto de los salmos quedaban sofocados; los predicadores eran arrojados del país, y los rebaños dispersados. El clero católico-romano

triunfaba: "Esta Reforma abominable, a la que se hacía la guerra desde más de ciento cincuenta años, estaba al fin radicalmente extirpada."

Se celebró entonces la gloria de Luís XIV con pomposos panegíricos y magníficas medallas. Se le llamaba nuevo Constantino, segundo Carlomagno, que había aplastado la cabeza del dragón de la herejía y de la seducción. El Rey mismo, envanecido con estas adulaciones, consideraba la revocación del Edicto de Nantes como el acto más glorioso de su reinado, y pretendía haber proporcionado por este medio la paz a su reino y asegurado su trono. ¡Ilusión lamentable! Desde este momento comenzó a declinar la prosperidad de Francia, Esta decadencia se sintió primero en el interior, en su estado moral; después en el exterior, por la debilitación de su poder y de su prestigio, hasta la terrible revolución del 89, en la que Luís XVI pagó con su cabeza los actos de violencia de sus predecesores. "Los molinos de Dios muelen lentamente, pero muelen admirablemente".

Por añadidura, la mano de Dios descargó también sobre el orgullo del mismo déspota, pues la fortuna de la guerra abandonó sus ejércitos; fue triste y solitaria su vejez, y tuvo que ver a hijos y nietos bajar prematuramente al sepulcro. Su reino se vio cada vez más empobrecido por el hambre y la emigración, y bajo el peso enorme de una deuda de casi mil millones de francos.

En vano había prohibido el tirano la emigración, bajo las penas más severas; en vano había prometido a los delatores por precio de su traición la mitad de los bienes de los fugitivos; en vano hacía guardar las fronteras por una cadena de soldados que cercaban el país; nada era capaz de contener el torrente de la emigración. Los Hugonotes que habían quedado fieles al Evangelio, quisieron encontrar a cualquier precio un lugar en el que pudieran servir a Dios según su fe y su conciencia. Para lograr su propósito, atravesaron las nieves del Jura, las selvas espesas de los Vosgos, los sombríos desfiladeros de las Ardenas, y confiaron su suerte a las olas. No los asustaba ni la obscuridad de las noches, ni la densidad de la niebla, ni el furor de los temporales de nieve, al contrario, estos accidentes los aprovecharon y les facilitaron el paso de las fronteras. Señoras ricas se disfrazaban de labradoras o de criadas; hombres nobles se hacían tratantes en ganado o criados; otros hacíanse transportar en fardos de mercancías o en toneles vacíos para escapar a la vigilancia de los guarda-fronteras.

No se pueden contar por cientos ni por miles, sino por cientos de miles, los que abandonaron el país y los amigos, a ejemplo de Abraham, para obedecer a la voluntad de Dios sin saber dónde encontrarían una nueva patria. Campiñas enteras al Sur y al Norte de Francia estaban desiertas; las ciudades vacías, los campos abandonados; ciudades que antes florecían por su comercio e industria, arruinadas; los hábiles tejedores de seda, los activos obreros, los arriesgados comerciantes, las habían abandonado.

En dos meses (Agosto y Septiembre de 1687), las solas fronteras de Suiza fueron franqueadas por 11.000 emigrantes. Lo mismo aconteció en Inglaterra; la ciudad de Londres recibió primero 18.000 y más tarde 27.000, a los cuales proveyó de los medios de existencia. El número de obreros franceses que se refugió más allá de la Mancha se ha calculado en 70.000. Un número igual o acaso más considerable, buscaron un asilo en Holanda y en los Estados alemanes del Rhin. En todas partes fueron recibidos con los brazos abiertos y recibieron eficaces socorros.

Según cálculos exactos, los dos cantones de Ginebra y de Berna gastaron cerca de 10,000.000 de florines de los caudales públicos en favor de sus correligionarios oprimidos, sin contar los socorros concedidos por los particulares que recibieron a los desgraciados fugitivos en sus casas. Hicieron sacrificios casi sobrehumanos, y no tuvieron miedo alguno al ovni

